

# Javier Darío Restrepo

## EL ZUMBIDO Y EL MOSCARDÓN

### TALLER Y CONSULTORIO DE ÉTICA PERIODÍSTICA

#### Prólogo

En los tiempos de tentación autoritaria y de pérdida de la fe en las instituciones democráticas, el periodismo suele ser el último refugio de los sensatos. Y aun en las épocas menos aciagas, la comunidad vuelve sus ojos hacia él en busca de respuestas responsables a problemas complejos.

Javier Darío Restrepo es, quizás, el profesional latinoamericano con mayor autoridad para disipar esas dudas. Sus estudios de teología y filosofía en los seminarios de Manizales y Cartagena le aportaron el rigor que asoma en cada una de sus ideas. Aunque fue durante muchos años el mitológico defensor del lector en el diario *El Tiempo*, quizá ningún rasgo lo describa mejor que su trabajo en el noticiero televisado *24 Horas* de Bogotá, en el que cubría los enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército sin aparecer casi nunca en cámara, porque su imagen -decía entonces- “puede robarle tiempo a la información”.

Su libro *Ética para periodistas* sigue siendo un instrumento de uso obligatorio en las redacciones de todo el continente. Las enseñanzas que imparte desde hace ocho años en los talleres de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano y los debates del *Consultorio Ético* que mantiene en su página *web* conforman, a la vez, un cuerpo de doctrina vastísimo, que se renueva todas las semanas. Este libro es el islote que refleja todo ese archipiélago.

Aunque Restrepo sabe que no hay verdades absolutas, ha definido la ética periodística como una búsqueda insaciable de la verdad. En algún lugar de este libro escribe que, “mientras el médico construye su ética alrededor de la vida y el abogado en torno de la justicia, el periodista lo hace sobre la base de la verdad. Los demás valores están subordinados a ella”. Está implícito que para él, *verdad* significa también responsabilidad y, sobre todo, servicio. Sin el otro, sin el lector, hasta el periodismo más alto pierde su razón de ser.

En una entrevista célebre, William Faulkner dictaminó que el novelista debe ser amoral y no vacilar ante nada que le impida

completar su obra. Esa sorprendente defensa de un fin justificado por cualquier medio quizá sea válido para un novelista atormentado por su imaginación. Pero en el caso del periodista, la ética es exactamente la inversa: ni el mejor de los fines justifica la amoralidad, o inmoralidad, de los medios que se empleen. Así como los escritores no piensan en lector alguno cuando crean, los periodistas están obligados todo el tiempo a servir a su audiencia, evitando el escándalo y los golpes de efecto, y respetándola con noticias genuinas e investigaciones serias.

Si alguien ha pensado que el periodismo es un oficio simple y sin riesgos, este libro bastará para desencantarlo. Ha sido escrito con una experiencia de 40 años y con una pasión tan viva que parece haber nacido ayer, o mañana.

Tomás Eloy Martínez

)))

## Introducción

Eran quince. Los recuerdo sentados en torno a las mesas dispuestas en forma de U. Frente a ellos estaba Gabriel García Márquez y a su derecha Jaime Abello Banfi, quien a esa hora intentaba controlar los nervios ante el riesgo que significaba realizar por primera vez un taller de ética periodística para jóvenes reporteros de América Latina, en la sede de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).

Hacer talleres de crónica, de reportaje, de periodismo investigativo, de fotografía, de técnicas para contar historias en televisión, no ofrecía mayores dificultades metodológicas para la gente de la fundación; al fin y al cabo eso era lo que habían planeado desde que echaron a rodar esta maravillosa idea de regresar a los orígenes del oficio, cuando se aprendía en el diálogo y la práctica diaria con colegas más avezados, en algo que se parecía más a una tertulia de amigos que a las clases formales de la universidad.

Pero realizar por primera vez un taller de ética periodística podía significar una exposición extensa y abstracta por parte mía, o una clase magistral dominada por la reflexión teórica. Eso, en pocas palabras, no parecía una buena idea.

Cauteloso, como de costumbre, Jaime Abello había pedido un plan detallado del taller. Después de un activo intercambio de mensajes vía fax acordamos realizar varios ajustes e incluir el análisis de casos, algunos de los cuales tomamos de diferentes medios informativos: una

matanza en un sector de Bogotá llamado Usme; el caso de El Mozote en El Salvador; la entrevista que la BBC de Londres le hizo a un terrorista, y un reportaje televisado con el jefe del movimiento guerrillero colombiano M-19, Carlos Pizarro. Todos permitían ver el papel de los medios y de los periodistas en sociedades con graves problemas de violencia y de paso reflexionar sobre la función de este oficio y de la prensa.

También incluimos, para el análisis, casos ficticios con los que pretendíamos recrear situaciones propias de las redacciones y los periodistas. De manera que la metodología planteaba discusiones aplicadas a las situaciones propuestas, trabajos en grupos para encontrar alternativas a los dilemas éticos allí planteados, y debates en torno a las conclusiones que surgieran de los casos formulados.

Ese día, 5 de mayo de 1995, mientras esperábamos la llegada de los periodistas que iban a participar en el taller, Gabo me hizo un último sondeo: “¿Cómo va a ser la cosa?”, me preguntó con su estilo franco y cordial. Se lo expliqué apoyado en la definición aristotélica de la ética como saber práctico y le expuse un punto que siempre había considerado fundamental: “Es tan práctico este tema que de él depende la calidad técnica del periodista, porque en periodismo no se pueden separar lo técnico y lo ético”. Y reforcé mi idea con los argumentos expuestos por el periodista Eugene Goodwin en su libro *Por un periodismo independiente*, en el que confirmaba -mediante entrevistas a decenas de periodistas, editores y directores de periódicos- la unión indisoluble de lo ético y lo técnico en esta profesión. Luego de mi exposición, Gabo se mostró de acuerdo conmigo y rubricó la idea con una comparación luminosa: “La ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón”.

Por aquellos días, él avanzaba en la hechura de su libro *Noticia de un secuestro*, así que sus referencias sobre la carpintería de ese reportaje y los aportes que brindó a la reflexión del grupo convirtieron ese primer Taller de Ética Periodística en una experiencia memorable. Él mismo, apasionado por el tema, propuso al final que los demás talleres de la FNPI tuvieran un espacio dedicado a este tipo de reflexiones.

A lo largo de los últimos ocho años, el Taller de Ética Periodística es el que más veces ha impartido la fundación en Cartagena y en los países latinoamericanos. Y la idea de que sea permanente se ha concretado con mayor regularidad en los talleres sobre políticas sociales y económicas que se realizan con el Instituto Interamericano para el Desarrollo Social (INDES).

No podría hablar de todos los talleres en los que he participado, pero quisiera recordar algunos que todavía recuerdo con gran aprecio, sin que con ello le quite mérito a los demás. Está, por ejemplo, el que se

llevó a cabo en Argentina, que comenzó con una mirada al papel cumplido por la prensa durante la crisis; o aquel en Venezuela donde se debatió la responsabilidad de los medios en la polarización de su país; el de México -en vísperas de las elecciones presidenciales de 2000- en el que se examinó el papel del periodista en la formación de electores inteligentes; y uno más en Panamá en el que sirvieron de tema de entrada las primeras páginas de los periódicos del día y un intenso debate sobre los dilemas éticos de los editores responsables.

Ha sido en todos estos encuentros con periodistas del continente donde se han introducido los cambios en el esquema original del taller, que se ha renovado con un ritmo parecido al de la vida de nuestros países. En cada nuevo taller, la metodología, articulada sobre el diálogo y el intercambio permanente de experiencias y de ideas, ha ganado dinamismo.

Hoy miro las notas que sirvieron de guía para aquel primer encuentro y, comparándolas con las que orientaron el último, dictado en un estudio de televisión en México, encuentro que, a lo largo de más de 40 talleres, este ejercicio se ha enriquecido y ha evolucionado tanto que aquel comienzo se ve apenas como una semilla.

Los elementos básicos se han mantenido, como los ejercicios y las reflexiones de grupo alrededor de los valores esenciales de la ética periodística: verdad, independencia, y responsabilidad social. Pero la idea inicial de una ética como “saber práctico” se amplió y conformó una primera parte centrada en dos grandes cuestiones complementarias: la ética y la identidad profesional. A éstas se llegó después de un trabajo común alrededor de temas como la situación del periodismo en el continente, los problemas éticos con los que se inicia el siglo XXI, y el impacto del terrorismo en la práctica del periodista.

Los resultados perceptibles de todos los talleres sobre ética periodística han quedado consignados en las evaluaciones y en las rondas de opiniones recogidas al final de cada jornada. Las sugerencias allí consignadas se han expresado en voces estimulantes que proponen, entre otras cosas, ampliar el tiempo de las sesiones, el uso de más recursos visuales, y la programación de talleres en muchos más lugares. Sin embargo, la anotación que más se ha repetido se refiere a la alegría que significa reencontrarse con esta profesión y descubrirla como un reto dignificante.

Adicional a todo esto, la FNPI me encargó desde hace tres años la responsabilidad de contestar las consultas enviadas al *Consultorio Ético* dispuesto en su página *web*: ([www.nuevoperiodismo.org](http://www.nuevoperiodismo.org)), y de acceso libre a visitantes y a la comunidad virtual. Con esta iniciativa se pretende llegar con respuestas y reflexiones sobre dilemas éticos a más personas, incluidos todos aquellos que todavía no han podido compartir con nosotros en los talleres, a los profesores de periodismo de las universidades del continente que encuentran allí un lugar para refrescar

sus conocimientos y a quienes, habiendo asistido a nuestras jornadas, se ven enfrentados a los problemas propios y diarios de este oficio.

Durante los tres años del *Consultorio Ético*, y hasta la fecha de edición de este texto, se han respondido más de 400 preguntas enviadas por periodistas, estudiantes y maestros universitarios de 15 países de América Latina y de España, quienes han pedido ahondar en los valores fundamentales de la ética periodística, en el tema de las fuentes de información y en la elaboración de noticias.

La primera parte de este texto fue organizada a partir de dos voces que pudieran darle vida a la experiencia que resulta ser un taller: una de ellas es íntima y reflexiona sobre las respuestas de los periodistas con base en aquellos encuentros, escogidos para este caso. La otra voz es la encargada de explicar, de dar respuesta, de presentar los ejercicios a lo largo de cada sesión, así como las citas de libros y autores, los *tests* que se invita a responder y las reflexiones finales que intentan delinear el perfil ético de nuestros periodistas.

La segunda quiere ser una fuente de consulta en la que el lector pueda encontrar las salidas a los dilemas éticos más comunes y constantes del oficio periodístico. Para lograrlo, decidimos seleccionar 100 preguntas claves del *Consultorio Ético* de la fundación, cada una con su respuesta y bibliografía correspondientes.

Mentiría si les dijera que frente a este libro existe el mismo ambiente de nerviosismo que tuvo la jornada inicial; lo que no puedo negar es que en las siguientes páginas nos enfrentaremos a un nuevo reto: el de hacer un taller de ética en papel.